

CUENTO: ANUBIS DEL DESIERTO

(25 de febrero, Día de la Educación)

M^a Carmen Gil del Pino
Profesora Dpto Educación
Facultad Ciencias de la Educación
Universidad de Córdoba
Febrero/05

Solsticio de verano. Anubis pastoreaba las ovejas del rey mientras contemplaba, absorto, el maravilloso espectáculo. Las aguas del Nilo, limpias y transparentes, bajo un cielo sereno, adquirirían un color rojizo. Poco a poco iban aumentando su nivel y cubriendo la tierra. No podía evitar aquel joven pastor que sus ojos se cargasen de melancolía. Un año más el río fecundaba los campos. En cierto modo, también él se sentía fecundado, pues era durante la inundación, mientras vigilaba los rebaños, cuando escribía los versos más hermosos. La crecida lo transformaba en un soñador, y su corazón latía con más fuerza esperando ese momento mágico del equinoccio de otoño en que la región, plena de agua, parecía emerger de las profundidades de un mar de sangre. De repente, una voz grave lo hizo regresar a la realidad:

-Me envía el visir para que te conduzca a su presencia -le dijo un servidor real que apareció como por encanto-. Tiene órdenes del faraón para ti.

Anubis, temeroso y desconcertado, acompañó al emisario hasta la oficina del visir. Éste, sentado en una esbelta silla sobre un mullido cojín y con otro bajo los pies, empuñando una vara con su mano izquierda y hurgándose en la barbilla con la derecha, le dijo:

-El rey conoce tu tesón y tu honradez. Llevas a su servicio desde niño, y sólo ha oído buenas palabras sobre ti. Es por esto por lo que te confía una delicada misión. Quiere que conduzcas mil carneros a través del desierto hasta el oasis de Dakhla, al oeste del valle. Cuando llegues, pregunta por Amu, un rico ganadero que te estará esperando. Salúdalo como mandan nuestras costumbres, y entrégale la parte del rebaño que te quede, pues la dureza del desierto hará que pierdas bastantes cabezas. No debes preocuparte, porque los animales débiles no le interesan, ya que los quiere para reproducción. Además, por cada uno de los que elija, Amu pagará cincuenta veces su valor. Vuelve con el dinero y te daré, pues es la voluntad del rey, la décima parte del mismo.

-Sí, mi señor -fue lo único que dijo el joven.

El pastor hizo provisiones de ropa, calzado y alimentos. Preparó pan de sorgo en abundancia, carne y pescado secado al sol, miel, frutos -sobre todo dátiles, que tanto le gustaban, algunos higos, uvas y algarrobas-, agua, y vino de cebada y de uva.

Hechos todos los preparativos, el jefe de los pastores entregó a Anubis, por orden del visir, los mil moruecos. Al verlos, el muchacho quedó sobrecogido. Eran los animales más bellos y tiernos que jamás había tenido ante sus ojos. Ajenos a lo que les esperaba, jugaban alegres y confiados.

El joven recorrió con la mirada una última vez el hermoso valle, y temblando de emoción, con la tristeza propia de un enamorado que abandona a su amada cuando más encendida en belleza y en amor está, resolvió emprender la marcha antes de que el sol estuviese alto.

Pronto la vivacidad de los animalillos empezó a disminuir. La escasa alimentación -sólo algunas diseminadas matas compensaban el enorme esfuerzo-, el excesivo calor diurno y el frío de las noches mermaban fatalmente las fuerzas de los carneros. Poco a poco se iban rindiendo a su fatal destino. Al amanecer del vigésimo día, diez de ellos apenas si lograban sostenerse de pie. Encogidos, gimientes, indefensos, inexpresivos, resignados, lánguidos...,

parecía que ni siquiera sus ojos suplicaran una explicación. Anubis -otro Anubis, el Anubis del desierto- no dudó en continuar el camino con los novecientos noventa animales que soportaban con entereza los desfavorables vientos, sin preocuparse por los moruecos enfermos -tal y como le había dicho el visir que hiciera-, a los que dejó, ¡pobrecillos!, abandonados a su suerte. No era aquella situación propicia para sensibilidades.

A partir de ese día cada amanecer se doblaba el número de animales enfermos, como se doblaba también la frialdad del pastor. Lejos quedaba ya el joven que se estremecía con la venida de las aguas. Lejos, el fecundo poeta. Su mente sólo albergaba el saludo que había de transmitir al rico ganadero, y su corazón nada más ardía en deseos de tener en sus manos las piezas de metal. Veinte animalillos más el vigésimo primer día, y cuarenta más el vigésimo segundo, y otros ochenta el siguiente, y ciento sesenta, y trescientos veinte.

Fue al atardecer del día veinticinco, después de que el sol hubiese caído con toda su fuerza, cuando los trescientos setenta moruecos supervivientes y Anubis divisaron, por fin, el oasis. Una gran mancha verde se extendía ante ellos. Era Dakhla.

Al entrar en la ciudad, los guardianes cerraron el paso al extenuado joven. Pero cuando éste preguntó por Amu y les contó el motivo de su viaje, enseguida fue conducido hasta él.

El ganadero, hombre perteneciente a una casta importante, vivía en una gran casa de adobe, construida sobre unos terrenos donados por un antiguo rey a un antepasado suyo. Rebaños de todo tipo de animales salpicaban el paisaje: vacunos de cuernos largos, asnos mediterráneos, caballos, ovejas, y hasta algunas hienas domesticadas.

Amu recibió al muchacho de pie, en las mismas puertas de su finca. Éste saludó a tan importante señor con gran respeto e intercambió con él unas elementales palabras de cortesía. Luego le mostró los carneros.

El rico ganadero, con una leve mirada que dirigió al jefe de los rebaños, dio órdenes para que sus pastores procediesen a la revisión, y en cuestión de segundos más de veinte palpaban con detenimiento cada parte del cuerpo de los extenuados animales.

-Son para reproducción. No quiero ninguno debilitado -dijo Amu al joven, mientras sus hombres trabajaban.

Los pastores seleccionaron sólo a setenta. Apartando con brusquedad a los demás, los mostraron a su amo, quien, enormemente satisfecho, se dirigió al muchacho diciendo:

-Cada uno de estos animales vale cien deben de cobre, o dos de plata, o uno de oro, que es lo mismo. Como tengo oro, pagaré con él. Y como acordé con el rey dar cincuenta veces el valor de cada uno, así lo haré. Toma tres mil quinientos deben de oro y transmítele al rey mi gratitud y mis saludos. Puedes regresar al valle con la satisfacción de haber cumplido bien con tu deber.

Tan feliz se sentía Anubis con los deben de oro en la mano que no le preocupaban en absoluto las trescientas cabezas rechazadas. Sólo tenía un deseo: regresar a su región cuanto antes, y no para contemplar la belleza del paisaje en otoño, sino para cobrar el décimo que le pertenecía -trescientos cincuenta monedas de resplandeciente oro- y para realizar, si el rey seguía confiando en él, un nuevo viaje.

Bajo una hermosísima noche estrellada, el pastor se adentró con los carneros despreciados en el desierto, y, mientras los pobres animales dormían tranquilos, saciados sus estómagos con los verdes pastos del oasis, emprendió solo el camino de regreso. Esta vez no miró hacia atrás para recorrer con sus ojos lo que allí dejaba.